

Cuerpos Intermedios



El período comprendido entre los cinco y los diez años de edad ocupa una posición de importancia en el esquema del desarrollo humano. Por ser años intermedios carecen de la intensidad de la infancia, por una parte, y de la adolescencia, por otra. Pero entre los cinco años y el momento de la pubertad sucede mucho más de lo que salta a la vista, aunque la mayor parte de estas transformaciones se producen tan furtivamente que, cuando ocurren, difícilmente las percibimos. Sin embargo, se producen con tan inexorable seguridad que cada cumpleaños señala un adelanto definitivo; cada año introduce cambios en el cuadro de la madurez.

El concepto de madurez aplicado a los niños es, naturalmente,

pa
m

la
pe
si
m

m
g
e
l
e
b
c
m
d
c
re
tu
JC
q
m
p
s
e

relativo. Un niño de tres años es, en la mayoría de los casos, más maduro que uno de dos; un bebé de un año es extraordinariamente maduro comparado con uno de dieciséis semanas. En realidad, la diferencia de madurez entre ambos es mucho mayor que la que existe entre un niño de seis y otro de siete años, pues la velocidad de desarrollo ha disminuido considerablemente a los cinco años de edad. Por consiguiente, los cambios evolutivos que tienen lugar en esta etapa de la vida no impresionan tanto como los ocurridos durante la primera infancia.

Este periodo suele definirse como los «años intermedios» de la niñez. Su punto de partida está habitualmente marcado por la entrada en el colegio y, desde el punto de vista físico, por la pérdida del primer diente de leche. La etapa final se caracteriza por un número de hechos, siendo el más importante, en el aspecto fisiológico, el brote de crecimiento pre-puberal, con el que comienza el fin de la niñez propiamente dicha.

diagnóstico

El niño normal de cinco a seis años mide algo más de un metro de estatura. En el momento en que comienza su brote de crecimiento pre-adolescente, se acerca al metro sesenta. Duran-

te el mismo periodo, su peso se duplicará. La mayoría de los niños duplican también su fuerza muscular entre los seis y once años, mientras que las niñas se retrasan algo en este aspecto.

Quizá los cambios más evidentes se producen en la fisonomía del niño, en el molde de sus características faciales. Desde el nacimiento hasta la adolescencia, la caja craneana aventaja en



crecimiento al rostro, de manera que, durante estos años, los niños tienen una cara pequeña coronada por una frente abovedada. En el periodo neonatal, las características faciales son distintas y más típicamente infantiles que claramente individuales. Durante la infancia, la cara del bebé es llena, de redondas mejillas. Poco a poco, en los años pre-escolares posteriores, el rostro del niño adquiere un aspecto más afilado. Las pérdidas sucesivas de dientes de leche y el nacimiento de otros permanentes distinguen la fisonomía de los niños de edad escolar; característica del chico de seis o siete años es su sonrisa desdentada. Cuando los dientes permanentes vienen a llenar los vacíos, pueden parecer desproporcionalmente grandes, de manera que en el niño de ocho años destacan unos dientes incisivos de gran tamaño. Sólo durante la adolescencia (la edad de la nariz y del mentón) resultará el rostro proporcionado a los dientes.

características psico-motrices

La postura y los rasgos motores continúan siendo, durante este periodo de latencia, un concepto clave para la interpretación adecuada del desarrollo infantil, y apreciar el grado de ma-

durez de cada niño. La salud motriz depende de una armonización de músculos fundamentales y músculos accesorios. Los diversos acentos aparecen en toda clase de actividades: arrojar una pelota, modelar con arcilla, pintar, garabatear, escribir, leer, etc. Incluso los modales y la moral poseen una base motriz.

Así, el comportamiento motor del niño de primer grado, siempre inquieto y en continuo movimiento, es significativamente diferente al niño de siete y ocho años, mucho más sedentarios, por lo general. Hacia los nueve años de edad, el chico se comporta ya tal cual es: pone de manifiesto su estructura psicomotriz en la forma de entrar en el aula y en los gestos que hace si se halla sometido a alguna tensión o excitación. Las diferencias individuales, evidentes a esta edad, se hacen aún más manifiestas a los diez años. En este momento, el muchacho produce una impresión bastante justa del hombre (o la mujer) que ha de ser.

Nunca deben descuidarse los factores alimentarios y ambientales; pero también debemos buscar ese núcleo de la individualidad que se expresa en el comportamiento postural y fisonómico.

Sheldon sostiene que las preferencias posturales son, indiscutiblemente, innatas. Habla en función de tres tipos temperamentales, relacionados con tres tipos corporales:

a) El viscerotónico: cuerpo

redondeado y suave, cuello corto, manos y pies pequeños.

b) El somatotónico: cuerpo cuadrado, firme, de músculos fuertes, y

c) El cerebrotónico: cuerpo ahusado, de construcción delicada.

El viscerotónico extremo posee un buen carácter, es afable, social, comunicativo. El somatotónico pronunciado es activo, enérgico, imperioso, ruidoso y agresivo. El frágil cerebrotónico es controlado, inhibido, tenso; suele preferir la soledad al ruido y la compañía.

Esta sugestión no debe tomarse demasiado literalmente, pero es una advertencia de que profundas diferencias constitucionales se encuentran en la base del comportamiento, de los modales y de la conducta de los niños. Estas diferencias son infinitamente más complejas que lo que puede señalar una clasificación tipológica tripartita; pero el mereo reconocimiento de las diferencias debe atemperar nuestras actitudes frente a los niños. Tratemos de comprender su comportamiento postural en lugar de obligarles a comportarse según una norma estereotipada.

diferenciación sexual

Es en esta etapa vital cuando se ponen en evidencia las gran-

des diferencias físicas entre los sexos. Además de la distinta estructura genital, que ya se manifiesta antes del nacimiento, existen diferencias sexuales en lo que se refiere a la medida, proporción, fuerza, balance químico y demás. Varones y niñas no difieren marcadamente en estatura hasta la pubertad; pero hacia los once años, los varones son notoriamente más altos y de mayor peso.

No sólo las niñas y los varones maduran en ritmos diferentes, sino que características de masculinidad y femineidad se hacen patentes durante los años escolares. Es en esta época cuando los niños toman más seriamente en cuenta las diferencias genitales y comienzan a tener conciencia de las diferencias de personalidad relacionadas con el sexo.

La mayor actividad sexual de este periodo consiste en la exploración del propio cuerpo. Ciertamente, la curiosidad que muestran los niños sobre el funcionamiento de su organismo durante esta edad tiene, quizá, cierto componente sexual. No siempre es fácil decidir, por supuesto, en qué medida esta conducta aparentemente sexual está motivada por los deseos sexuales y en qué medida por la simple curiosidad, particularmente la curiosidad acerca de lo desconocido y prohibido. Pero cualquiera que sea la base, los niños tienen conciencia de que la curiosidad genital, la indagación de cosas «sucias» los en-

frenta con los adultos. Y, como resultado, la mayoría siente cierta ansiedad y culpa en relación con sus investigaciones sexuales.

Es también en este periodo escolar cuando se pueden apre-



ciar las «diferencias» entre ambos sexos. En términos de cifras de tests, la respuesta es inequívoca: ninguno de los dos es más inteligente. Sin embargo, existe la evidencia de que, al comienzo de los años escolares, los varones y las niñas manifiestan diferentes tipos de inteligencia. Y aunque unos y otras son iguales en términos de promedios generales, muestran pautas diferentes de habilidades especiales.

La diferencia entre los sexos se hace más difícil cuando se trata de abarcar las características sexuales, emocionales y personales en general. Parecen, sin embargo, existir decididas diferencias sexuales en la naturaleza de las perturbaciones de la personalidad. Los varones están más inclinados a problemas emocionales menores y mayores, escolares y de conducta; tienen más propensión al tartamudeo, a las dificultades de lectura, a «mojar la cama», a desarrollar «tics» y a ser indisciplinados. La mayor dificultad masculina parece ser el control de la agresión.

Concluamos diciendo que la mayor parte de las estructuras del sistema de acción humano se consolida en estos diez primeros años, que serán decisivos en el proceso de maduración del joven. Porque la adolescencia no transforma al niño, sino que lo continúa. En ello radica la significación preventiva e higiénica de la infancia, de los años preescolares y del periodo de los cinco a diez años.